



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 4.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Bailliers, plaza del Príncipe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.

PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Capuchon-péplum.—Cenefa para velo de butaca.—Puntos de aguja y de crochets.—Cuadro de guipur sobre red.—Silla de madera imitando el bambú.—Taburete de madera tallada.—Escabel de madera de roble.—Dibujo de tapicería para el taburete.—Zagalejo sesgado hecho al crochet.—Porta-tijeras.—Revista de Modas.—Trage de paño de seda blanco.—Trage blanco á listas mates y satinadas.—Trage de raso blanco.—Qué grande es la creación!—A la Srta. doña Blanca Gasot.—Lo que me enamora.—La piedra filosofal.—Tradiciones granadinas.—Maitagarrí.—Ajedrez.—Figurín iluminado.

Capuchon-péplum.

Este capuchon se hace de cachemira encarnada, entretelada de algodón y forrada de fulard blanco; á la esclavina cuadrada se pegan, sobre cada hombro, dos puntas bordadas con un salpicado de cuentas blancas, y terminada cada una en una borla angora; una punta igual cubre la parte superior del capuchon.

Cenefa del velo de butaca publicado en el número anterior.

Para la ejecucion de esta cenefa, véanse las explicaciones concernientes al velo de butaca inserto en el número 3 del presente año.

Puntos de aguja y de crochet para colchas, capelinas, chales, etc.

N.º 1. *Punto de aguja.*—Se arma el número de puntos que se necesite para el largo del objeto á que se destina la labor, y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho. El primer punto de cada vuelta se levanta sin hacerse; el último se hace al revés, y como lo mismo sucede con el punto siguiente, novolveremos á mencionar estos dos puntos en la serie de las dos explicaciones.

2.ª *vuelta.*—* 3 hechos juntos al derecho,—se añaden 2 puntos, es decir, que en el punto mas próximo de la vuelta anterior se hace uno al derecho, uno al revés y uno al derecho. Vuélvase desde *.

Estas dos vueltas representan el dibujo. Para que aparezca contrapuesto en las repeticiones siguientes, se deben hacer juntos los 3 puntos, 2 de los cuales son los *creci-*

dos, mientras que por el contrario se harán 3 puntos en el formado por los 3 hechos juntos.

N.º 1. *Crochet.*—Este punto es el del *crochet tunecino* comun, cuya explicacion repetimos aquí, por las muchas reclamaciones que se nos hace de

él, y porque constituye la base de una porcion de puntos, y entre otros de los que publicamos hoy. El *crochet tunecino* se compone de dos *filas*, que constituyen una *vuelta*. Se hace una cadeneta del largo que se necesite.

1.ª *vuelta.*—De derecha á izquierda. Se pasa por cada punto la hebra, que se conserva en el *crochet*.

2.ª *vuelta.*—De izquierda á derecha. Cada punto se desmonta con un punto en el aire; se toma en el *crochet* la hebra que, en nuestro dibujo, se encuentra detrás del *crochet*, y se la pasa por los dos bucleillos mas próximos, y así sucesivamente; al volver de derecha á izquierda, se pasa la hebra por el lado perpendicular de cada punto de la vuelta anterior.

N.º 2.—El punto *ondulado* difiere del *tunecino* comun en que en cada primera fila de cada vuelta, se pica el *crochet* detrás de la cadeneta horizontal, á través del punto perpendicular, por consiguiente en la direccion indicada por la flecha.

N.º 3.—Punto *horquilla.*—En cada 1.ª fila de cada vuelta (de derecha á izquierda) se echa la hebra sobre el *crochet* antes de cada punto, que se toma sobre el *crochet*, y en la 2.ª fila (de izquierda á derecha) se desmonta cada punto perpendicular, con el echado que se encuentra á su derecha. En la 1.ª fila de las vueltas siguientes, se pica siempre el *crochet á la vez* en el punto perpendicular y en el echado que se encuentra á su izquierda.

N.º 4.—Punto *grupo.*—* Un echado; se pasa la hebra por cada uno de los 2 puntos mas próximos de la vuelta anterior y se desmontan estos dos nuevos puntos haciendo uno en el aire. Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta.*—* Un punto en el aire á través del último que se encuentra sobre el *crochet*,—uno en el aire; se deja deslizar el echado de la vuelta anterior fuera del *crochet*. Vuélvase desde *.

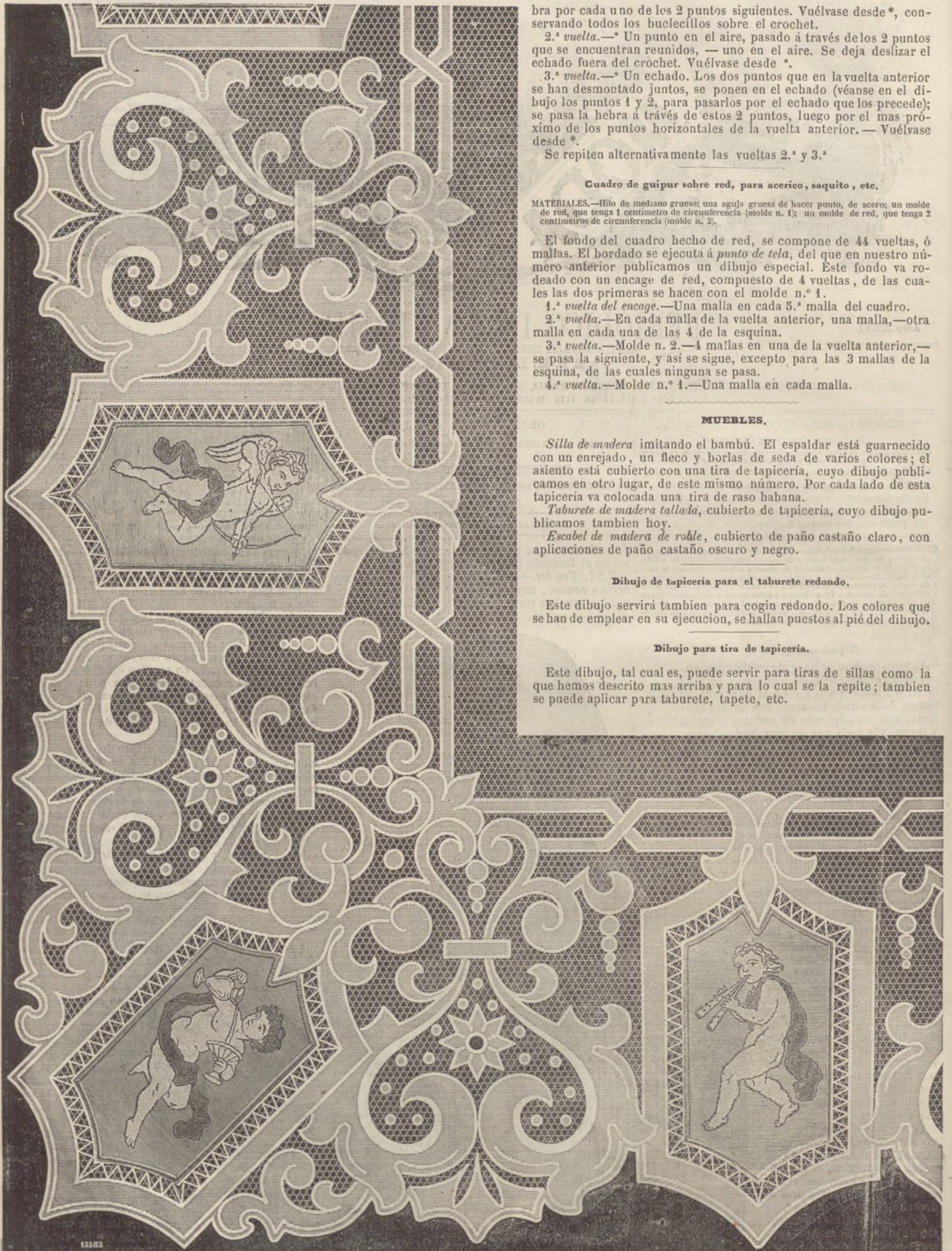
3.ª *vuelta.*—* Un echado,—se pasa la hebra por el echado que queda libre, despues tambien por el punto siguiente, y se desmontan á la vez estos 2 últimos puntos, haciendo uno en el aire. Vuélvase desde *.

El dibujo indica esta vuelta en ejecucion. Se repiten siempre alternativamente la 4.ª y 5.ª vueltas.

N.º 5. *Punto calado*—1.ª *vuelta.* * Un echado; se pasa la he-



CAPUCHON-PÉPLUM.



bra por cada uno de los 2 puntos siguientes. Vuélvase desde *, conservando todos los bujecillos sobre el crochet.

2.^a vuelta.—* Un punto en el aire, pasado á través de los 2 puntos que se encuentran reunidos, — uno en el aire. Se deja deslizar el echado fuera del crochet. Vuélvase desde *.

3.^a vuelta.—* Un echado. Los dos puntos que en la vuelta anterior se han desmontado juntos, se ponen en el echado (véanse en el dibujo los puntos 1 y 2, para pasarlos por el echado que los precede); se pasa la hebra á través de estos 2 puntos, luego por el mas próximo de los puntos horizontales de la vuelta anterior. — Vuélvase desde *.

Se repiten alternativamente las vueltas 2.^a y 3.^a

Cuadro de guipur sobre red, para acerico, saquito, etc.

MATERIALES.—Hilo de mediano grueso; una aguja gruesa de hacer punto, de acero; un molde de red, que tenga 1 centimetro de circunferencia (molde n. 1); un molde de red, que tenga 2 centímetros de circunferencia (molde n. 2).

El fondo del cuadro hecho de red, se compone de 44 vueltas, ó mallas. El bordado se ejecuta á punto de tela, del que en nuestro número anterior publicamos un dibujo especial. Este fondo va rodeado con un encage de red, compuesto de 4 vueltas, de las cuales las dos primeras se hacen con el molde n.º 1.

1.^a vuelta del encage.—Una malla en cada 5.^a malla del cuadro.

2.^a vuelta.—En cada malla de la vuelta anterior, una malla,—otra malla en cada una de las 4 de la esquina.

3.^a vuelta.—Molde n. 2.—4 mallas en una de la vuelta anterior,—se pasa la siguiente, y así se sigue, excepto para las 3 mallas de la esquina, de las cuales ninguna se pasa.

4.^a vuelta.—Molde n.º 1.—Una malla en cada malla.

MUEBLES.

Silla de madera imitando el bambú. El espaldar está guarnecido con un enrejado, un fleco y borlas de seda de varios colores; el asiento está cubierto con una tira de tapicería, cuyo dibujo publicamos en otro lugar, de este mismo número. Por cada lado de esta tapicería va colocada una tira de raso habana.

Taburete de madera tallada, cubierto de tapicería, cuyo dibujo publicamos tambien hoy.

Escabel de madera de roble, cubierto de paño castaño claro, con aplicaciones de paño castaño oscuro y negro.

Dibujo de tapicería para el taburete redondo.

Este dibujo servirá tambien para cogen redondo. Los colores que se han de emplear en su ejecucion, se hallan puestos al pié del dibujo.

Dibujo para tira de tapicería.

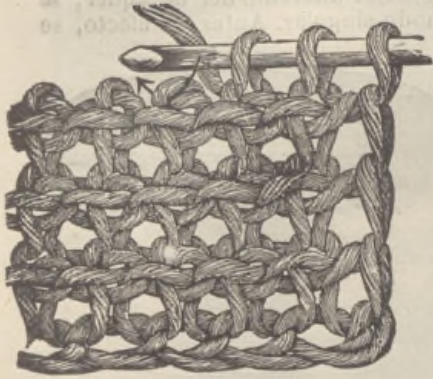
Este dibujo, tal cual es, puede servir para tiras de sillas como la que hemos descrito mas arriba y para lo cual se la repite; tambien se puede aplicar para taburete, tapete, etc.

Zagalejo sesgado hecho al crochet.

(Véase la pág. 20 del número anterior.)

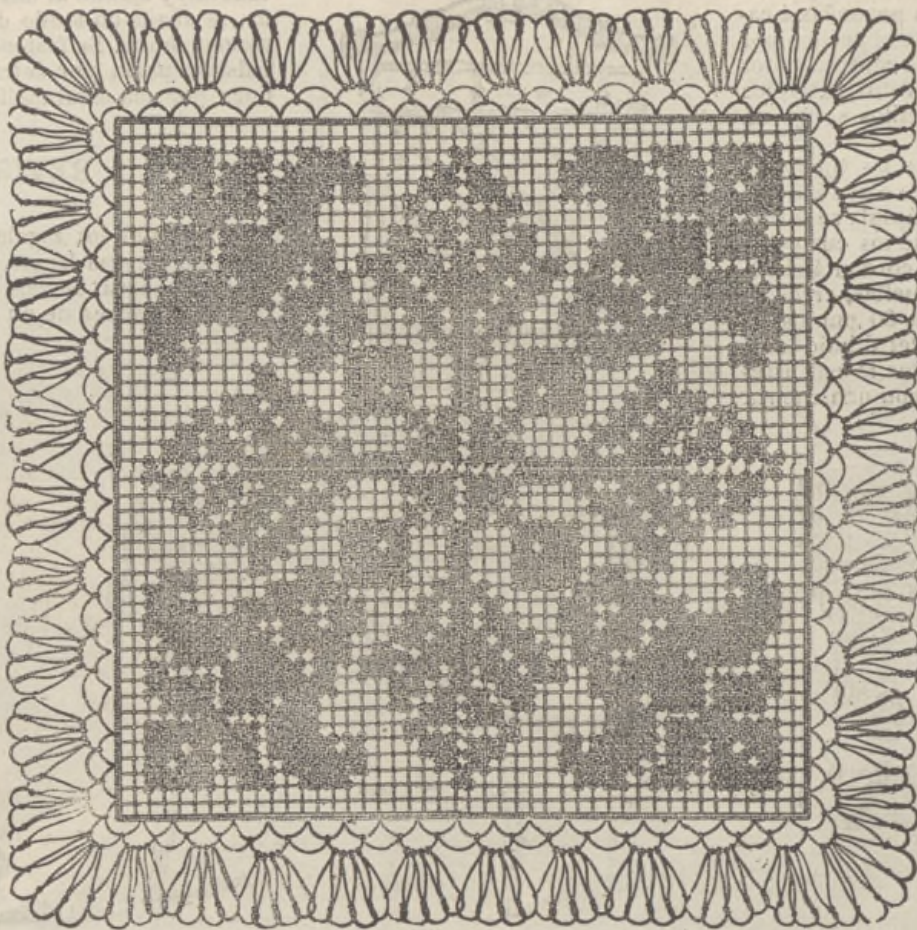
MATERIALES. — 320 gramos de lana céfiro de 10 hilos, blanca: 128 gramos de la misma lana encarnada; 32 gramos de la misma lana negra; un crochet de madera de 1 centímetro y 3/4 de circunferencia.

Este zagalejo, de nueva forma, sesgado, se hace al crochet tunecino con lana blanca. Las tiras que lo guarnecen se ejecutan con lana encarnada y lana negra, parte al cro-



N.º 1.—CROCHET.

chet tunecino, y parte al punto de crochet número 2, que esplicamos en este número. Se principia por el zagalejo, por encima de las tiras. Se hace una cadeneta de 58 puntos, sobre los cuales se ejecutan 16 vueltas al crochet tunecino. Para sesgar, se mengua en las 12 vueltas



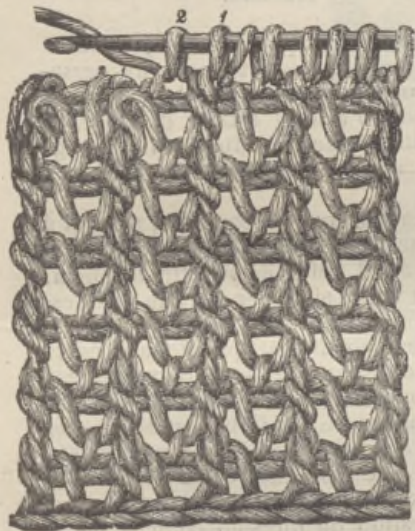
CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.

anterior, pero que solo tiene 3 vueltas tunecinas encarnadas, en vez de 7. Las dos tiras se adornan con rombos hechos con puntos-cadenetas (lana negra) para los cuales se pasa el crochet por el lado perpendicular de cada punto; la cenefa se reúne al zagalejo picando á la vez el crochet en un punto de aquella en uno de este, y haciendo allí un punto cadeneta. — Se cosen uno con otro

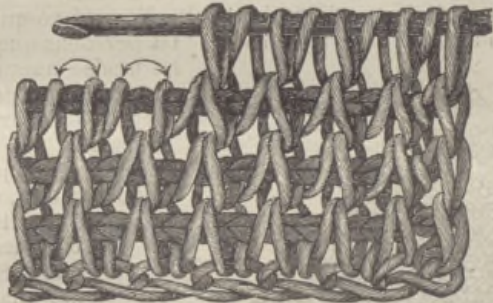


N.º 2. CROCHET.

los dos lados transversales del zagalejo, dejando una abertura de 20 centímetros. En el borde inferior se ejecuta con lana encarnada la vuelta siguiente: sobre cada tercer punto se hacen 2 bridas,—2 puntos en el aire,—otras 2 bridas. Se arma el zagalejo entre las dos telas de una



N.º 5. CROCHET.



N.º 3. CROCHET.



N.º 4. PUNTO DE AGUJA.



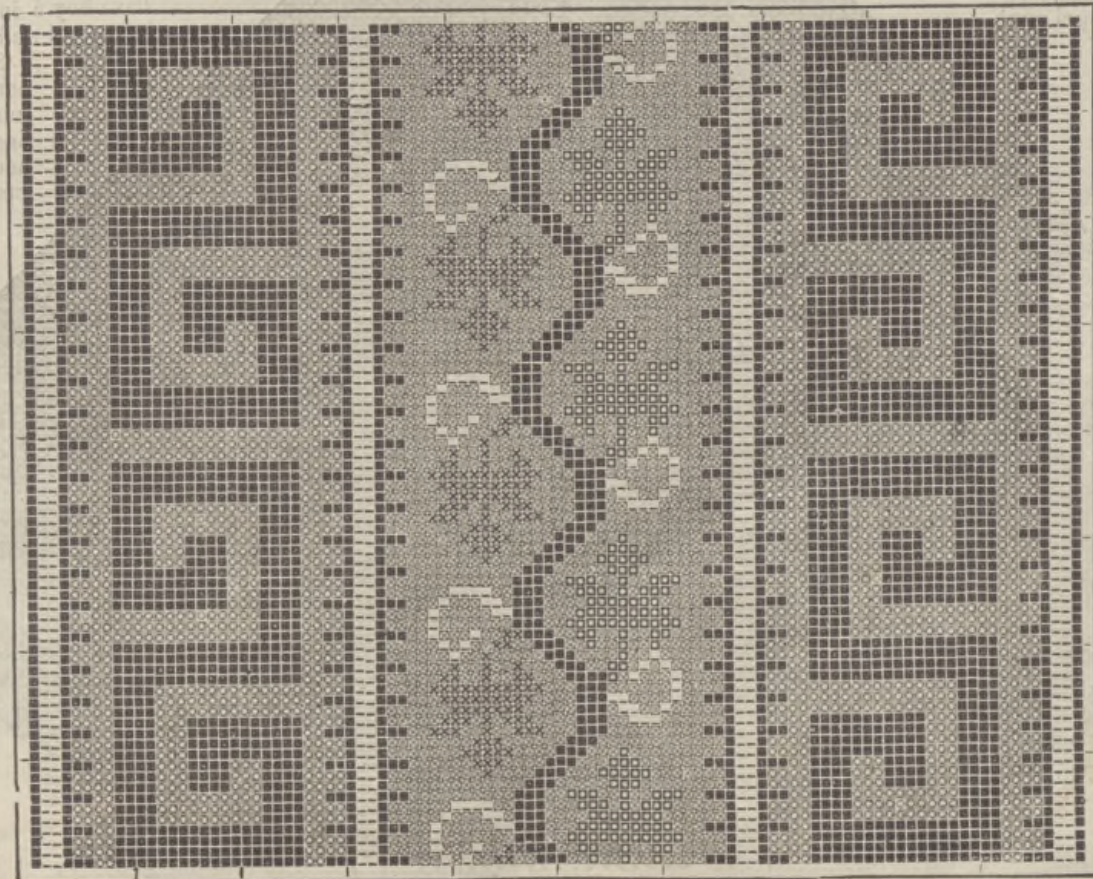
N.º 4. CROCHET.

número), —4 al crochet tunecino, el último con lana encarnada. Se ejecuta en seguida la primera tira, que se compone de una vuelta encarnada y de una negra (crochet ondulado). —7 vueltas tunecinas encarnadas, — una negra, una encarnada (ondulada); se hacen 6 vueltas tunecinas blancas, una igual encarnada, luego se principia la segunda tira, igual en todo á la

siguientes formando la nesga ó punta.

1.ª vuelta de esta nesga.—Se menguan 2 puntos en el lado superior de la nesga, — 3 en la vuelta siguiente, —4 en las dos siguientes, — 3 en cada una de las 8 siguientes. En el lado al sesgo de la labor se hacen 16 vueltas, cada una de 48 puntos (alto del zagalejo). Se hace el 2.º paño sesgado, que como todos los demás, se hace lo mismo que el anterior, y sobre cada lado al sesgo se ejecutan 16 vueltas, —solamente 8 vueltas en el lado al sesgo de la 4.ª nesga.— Esto representa la mitad del zagalejo, y la segunda mitad es igual á la primera.

La guarnición se principia por el borde inferior con lana blanca. Se hace una cadeneta de 260 puntos (ancho del zagalejo); se hace una vuelta al crochet tunecino, 2 al crochet ondulado (cuya explicación damos en el presente



DIBUJO DE TAPICERIA.— Signos: ■ Negro. □ Verde medio color. □ Violeta. * Lila (en seda ó lana). - Amarillo (en seda ó lana). * Leonado muy claro.

pretina, cortada doble, quedando así terminado este zagalejo tan útil para la presente estación.

Porta-tijeras.

(Véase la pág. 20 del n. anterior.)

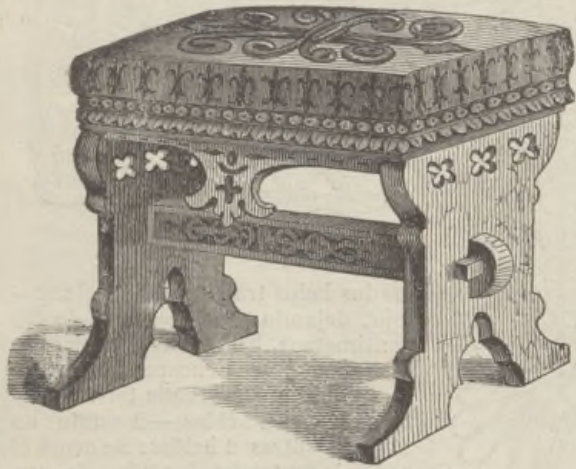
MATERIALES. — Torzal negro de sedas; cuentas de acero grandes y pequeñas; cordón de cartulina negro de 1 metro y 12 centímetros de largo.

Al extremo de este *porta-tijeras*, que se prende á la cintura por el otro extremo, se encuentra una especie de cápsula destinada á contener la punta de las tijeras.

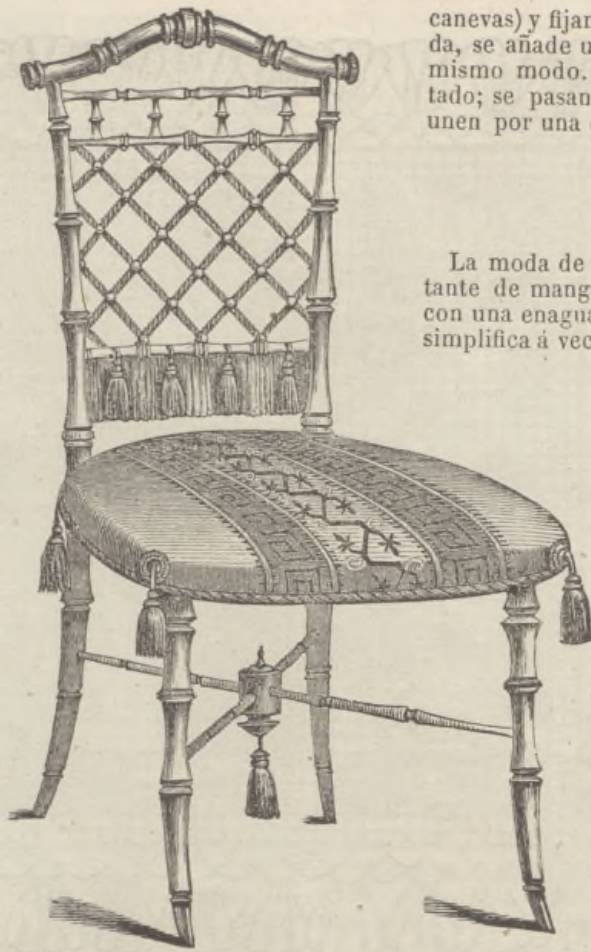
Se toma el cordón de cartulina, se le cubre con un feston ejecutado con seda negra, y después de dos puntos de feston, se ensarta y se desliza junto al cordón una de las cuentas pequeñas de acero. El feston va interrumpido, á intervalos de 6 centímetros, por una de las cuentas gruesas de acero que se ensartan en el cordón. Los puntos de feston no van muy próximos, y cuando el cordón está cubierto se vuelve á empezar el feston por el lado opuesto, picando siempre la aguja entre dos puntos del feston anterior; se coloca allí igual can-

tividad de cuentas pequeñas, luego, cuando está ya terminado este lado, se ponen 5 cuentas pequeñas á cada lado de cada cuenta gruesa; se dobla el cordon por su mitad, y se forman los 3 bujecillos representados en nuestro dibujo, que reproduce los dos extremos del porta-tijeras. Debajo de los bujecillos se fija un corchete grueso.

La cápsula que contiene la punta de las tijeras se hace en espiral sobre cordon negro de cartulina cubierto de puntos sencillos. Para esta cápsula se forma una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune con el primero; se eusartan en el cordon 4 cuentas gruesas, y se hacen en espiral 10 vueltas, creciendo en varias partes, de modo que haya 30 puntos en la 10.^a vuelta; se copia la disposicion del dibujo para deslizar cada cuenta gruesa en el sitio que le está asignado; la abertura inferior se rellena con una cuenta



ESCABEL.



SILLA LIJERA.



TABURETE.

gruesa, que se rodea como las demás cuentas pequeñas cosidas sobre la labor. Se pasan los cabos del cordon por los ojos de las tijeras y luego se cosen estos cabos á la cápsula.

Fosforera en forma de carcax.

(Véase la página 20 del número anterior.)

MATERIALES. — Papel canevas; tafetan encarnado; cinta encarnada de terciopelo de medio centimetro de ancho; seda encarnada y seda negra; hilillo de oro.

Nuestro modelo, algo mayor que el dibujo, se se hace de papel canevas blanco. El bordado se ejecuta á punto ruso, con sada negra; una cinta de terciopelo encarnado, pasada á través de los cortes practicados en el papel canevas, completa el adorno de la fosforera. — Se cortan en papel canevas dos pedazos sesgados (como los paños de los trages actuales) y otros 2 de tafetan encarnado; cada uno de estos 4 pedazos tiene 12 cents. de largo, 5 de ancho en su borde superior, y 3 en el inferior. — Se cortan otros 2 pedazos en papel canevas, y lo mismo en tafetan, del mismo largo que los anteriores, que tengan 2 centímetros y medio de ancho por su borde superior, y uno y medio por el inferior. Se ejecuta el bordado sobre los dos pedazos mayores del canevas. La greca se hace á punto ruso, con seda

rodeador con hilillos de oro á punto de cruz, y se adornan con un salpicado cualquiera. Se recorta el borde superior de cada pedazo. A 2 agujeros de distancia del hueco de cada punta del borde superior, se hace un corte perpendicular que comprenda 5 agujeros; se repiten estos cortes por debajo de la greca, y en el borde inferior del carcax. Se reunen todos los pedazos festeneándolos juntos con seda encarnada (un punto en cada agujero del

llevaba el traje mas largo que el zagalejo. Sucediendo hoy lo contrario, cierto número de personas se limitan á poner su antiguo zagalejo sobre su antiguo traje, pasando este al estado de traje de debajo, y elevándose aquel á la dignidad de traje de encima. Así se entiende el modo de vestir con economía.

No seré yo quien critique la economía, pero si á las personas que se creen obligadas á copiar todas las modas nuevas en el ardor de su extravagancia, cuando no pueden hacer el dispendio que tales eccentricidades exigen.

Digamos una vez, por todas, que el traje corto sobre un zagalejo de color vivo no debe ya llevarse cuando se está, como dicen los ingleses, en el mal lado de la treintena, es decir, en la pendiente que conduce á la cifra fatal de los cuarenta años. En este caso, las que se encuentren atacadas del fanatismo del traje corto, hagan su vestido de un solo color; traje y zagalejo iguales.

Paso hoy á indicar solamente la fisonomía general de los vestidos de invierno.

Se llevarán para grandes comidas y pequeños suarés, muchas túnicas de seda, sobre seda, ó bien de tul guarnecido de encage, ó bien de gasa de seda, gasa de Chambery, etc. Las señoras jóvenes y las señoritas llevarán corpiños á pliegues, á bullonados, y



DIBUJO DE TAPICERIA PARA EL TABURETE.—Signos: ■ Verde oscuro. □ Castaño muy oscuro. ■ Castaño menos oscuro. ■ Castaño media tinta. ■ Castaño claro. □ Castaño muy claro (en seda). □ Negro.

negra, la punta y la varilla de las flechas á punto de cruz con hilillo de oro, las plumas de las mismas á punto ruso con seda encarnada. — Los lados del carcax (pedazos mas estrechos) se guarnecen al

de otras varias formas. Enagua muy larga, muy sobriamente guarnecida, para estas últimas; simples rulós de raso formando por el borde inferior rombos, ó un enrejado guarnecido en



CUATRO VESTIDOS DE BODA.

Trage de paño de seda blanco, sin ninguna guarnición, á excepción de las cuatro bandas (dos por cada lado) figuradas por rulós de raso blanco y por un fleco blanco mezclado con cuentas blancas de cristal; en el cinturón, roseta de azabache; alfiler de las mismas flores; guarnición y velo de tul blanco.

Trage blanco á listas mates y satinadas.—Corpión grueso de seda blanca por todos los costurales; en el tallo, por detrás, tres cabos flotantes de cinta blanca con fleco. Velo de tul blanco,

Trage de paño de seda blanco, con botales dentados guarnecidos de raso blanco; rulós de raso blanco, mangas guarnecidas como el trage.

Trage de raso blanco con una tira por abajo claveteada de gruesas cuentas blancas, sobre la que corre un encage blanco estrecho. Corpión montante. Túnica de tul blanco, con corpiño montante sin mangas, enteramente bordado de cuentas de cristal; tira de raso claveteada, con encage blanco, botinado, con azabache y velo de tul blanco.

ambos lados con un rizado de tul ó de tarlatana, igual, en una palabra, al trage. Gran cinturón con cabos redondeados, ó mejor todavía, cinturón muy largo, figurado sobre el trage por una guarnición igual á la del borde inferior, rulós, rizados, etc.,

todo ello puesto de modo que imite los cabos muy largos de un cinturón, ya cuadrados, ya redondeados, ya formando una punta.

Se preparan muchos collares de azabache, terminados por largos cabos de terciopelo. La moda

de los cabos flotantes no parece que se abandona. Se ponen en las peinetas,—se ponen debajo de la castaña,—se ponen en los collares,—se cosen, á los corpiños; en fin, nadie podrá decir, al ver todas estas riendas sueltas, que las señoras mugeres sean

difíciles de conducir: no hay mas que alargar la mano.

EMMELINE RAYMOND.

¡QUE GRANDE ES LA CREACION!

Pablo era un hombre dotado de alma grande, sensible, magnánima, adornada de mil prendas que la embellecían, si bien dominada por grandes pasiones hijas de su temperamento. Predispuesta á todo lo bueno, hubieran podido desarrollarse en ella grandes virtudes si los descuidos cometidos en su educacion no sirvieran de obstáculo para favorecer aquel desarrollo.

Pablo habia sufrido varias desgracias, casi con resignacion, á pesar de su carácter violento; pero llegó un día en que un nuevo golpe de fortuna adversa vino á agriar por completo aquel carácter de suyo amable. Su paciencia se sublevó contra este nuevo golpe y la desesperacion mas completa se apoderó de él, y ni los halagos de su cariñosa familia, ni los consejos de sus amigos, fueron suficientes á arrancarle de aquella desesperacion, casi locura, de que era victima hacia cerca un mes.

Era una tarde, el sol tocaba á su ocaso, el cielo resplandecía azul purísimo y diáfano; ni una nube venia á empañar su brillo, ni un ave cruzaba por su ancha bóveda; solo por oriente empezaban á aparecer los negros bordes de oscuros nubarrones; el mar rizaba tranquilo sus olas, cuyas aguas iban á lamer los carcomidos cimientos de los últimos edificios de la poblacion donde Pablo tenia fija su residencia.

Con el dolor pintado en su semblante, y abrigando la desesperacion en su alma, Pablo abandona su casa para refrescar su ardiente y calenturienta imaginacion con la brisa de la tarde. Su andar es presuroso, mide á largos pasos la mojada arena de la rivera; á veces una sonrisa de incredulidad asoma á sus labios, y por último se detiene repentinamente en su marcha.

Ante él se estiende una superficie plana, inmensa, que va á perderse en lo infinito... el mar con sus tranquilas aguas, en las que se quiebran los últimos rayos del sol poniente. Algunas nubes de color ceniciento oscuro y por las que se vé cruzar alguno que otro relámpago, cierran el horizonte por aquel lado.

A su espalda se encuentra en primer término una poblacion con centenares de casitas blanqueadas primorosamente, con sus torres, sus campanarios, cuyas agujas parece cortan el azul del firmamento. Mas allá se estiende una inmensa llanura siempre verde, salpicada aquí y allí de corpulentos y seculares arbustos en cuyas copas se anidaban mas de un parlero y alegre pajarillo. Y mas allá todavia y pendiendo del firmamento un disco de brillante y rojo fuego derramaba su luz por aquella verde y feraz campiña.

Al contemplar Pablo aquel mar grande, inmenso, cuyas aguas iban á perderse tocando en el horizonte; al contemplar el igneo relámpago que de vez en cuando rasgaba la atmósfera, al sentir su alma destrozada por el dolor, al contemplar su triste y negro porvenir, creyó llegada la hora de realizar el pensamiento que tantas veces habia cruzado por su imaginacion... el suicidio.

Horrorizado del terrible crimen que iba á poner por obra, apartó la vista de aquellas aguas, para dirigir una última mirada y un último adios á los lugares que le habian visto nacer.

Al apartar su vista del mar, le dejó estender por el bello panorama que antes habia tenido á su espalda.

Aquel sol medio hundido, que daba el último adios al postrer rayo de esperanza próximo á huir de su alma; aquel suave céfiro que mecía las pesadas copas de millares y millares de antiguos arbustos, el triste y melodioso canto de alguna que otra parlera avecilla, el triste tañido de las bronceadas campanas de la ciudad; aquel sosiego, aquella calma, aquel cuadro triste y melancólico, influyó en él de una manera maravillosa. En aquella alma ya cansada, casi sin fuerzas de la desesperada lucha que venia sosteniendo, se obró una pronta reaccion. ¿Cuál fué la causa de esta reaccion?

Al mirar aquella agrupacion de casitas parecidas á una bandada de albar palomas, se fijó en un espacio cuadrangular cerrado por blancas paredes y en cuyo centro se elevaban las altas copas de unos cuantos cipreses que balanceándose parecían querer besar aquella tierra regada por tantas lágrimas... ¡Era el cementerio!

Por las megillas de Pablo resbaló entonces tambien el lloro. Se habia acordado de su madre cuyas cenizas descansaban en aquel lugar.

Miró aquel campo todo tapizado de verde y se acordó de su juventud. Contempló aquel cielo, aquella inmensidad, mezcla de grandeza y sencillez y pensó en Dios.

Ah! Lo que no habia podido hacer el amor de la familia, lo que no habia podido hacer el cariño de la amistad, lo hizo un débil trazo dibujado por la mano de Dios en el universo!

Aquel pensamiento criminal, la idea del suicidio, huyó completamente de él. A la desesperacion que destrozaba su alma, habia sucedido una triste melancolia.

Inclinada la cabeza sobre el pecho y pausado en su andar, volvió á aquella poblacion donde se habia mecido su cuna. Sin darse cuenta de ello, sin saber cómo, se encontró en el atrio de una iglesia.

Penetró en ella; su interior estaba en consonancia con el estado de su espíritu. Aquellas bóvedas sombrías, aquellos altares apenas sin luz, aquel silencio sepulcral interrumpido de vez en cuando por el chirrear de la débil luz de una lámpara... todo era allí triste, al par que grande, magestuoso y sublime.

Sentóse en un oscuro rincon del cristiano templo, desde donde se distinguía la imágen del Salvador crucificado, alumbrada por dos lámparas. La inteligente mano del inspirado artista habia estampado en aquel rostro velado por las sombras de la muerte un sello de dolor intenso, de bondad inagotable, de resignacion sublime. Era una obra artistica perfectamente acabada.

Levantó aquel hombre su cabeza que tenia inclinada sobre el pecho, y dirigió su vista á un altar, quedando clavada en aquella imágen, obra del genio, inspirada por el espíritu cristiano.

¡Decía tanto aquel rostro semivelado por las sombras de la muerte! ¡Hablaba tan alto al alma aquella sublime resignacion! ¡Inspiraba tanta fe aquella mirada casi apagada, aquella bondad, aquella boca de donde se oían escapar las sublimes palabras: *pater demille illis!* que por el alma de aquel hombre donde poco antes se escondía la desesperacion, donde despues nació la apatia, el desaliento, cruzó un vivo rayo de esperanza que vino á regenerarla.

Sus labios se mueven y de su boca salen algunas palabras. Escuchemos:

«Pedid y recibireis!... Yo ahora, Dios mio, necesito pedirte, necesito tu auxilio... ¡He sufrido y sufro tanto que dudo poder resistir ya mas! — Yo adoro, yo bendigo la justa y omnipotente mano que arrojó sobre mí tantas desgracias... pero dame, infundé en mí la resignacion que me falta, la fortaleza que me es necesaria! Padre! Dios! Señor! Consuelo, resignacion, fortaleza para mi alma!»

Sus rodillas se doblaron, abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas, y su alma sin haber dejado de estar unida á su cuerpo habia volado hasta Dios.

Media hora despues aquel hombre salia del templo completamente regenerado. En su rostro llevaba pintada la resignacion; en su corazon abrigaba el consuelo; en su alma llevaba la esperanza. Habia pedido con fe, se habia acordado de las palabras de Jesus y las habia puesto en práctica.

De entonces acá si bien no es completamente feliz, porque las enfermedades morales rara vez tienen curacion radical, su alma se halla alentada por la esperanza, fortalecida por la fe, vivificada por la caridad.—

YO.

A la distinguida poetisa señorita doña Blanca Gasot.

I.

La bella primavera
cubre los campos de olorosas flores,
rico tapiz de espléndidos colores
que lo embalsama todo en derredor;
lo mismo, dulce Blanca,
la magia de tu célica hermosura,
y de tu voz la angelical ternura,
llenan el pecho de ferviente amor.

Muy jóven todavia
obienes de las musas los favores,
ciñendo el arpa de laurel, de flores,
sin violencia, sin temor ni afán;
y cual suave arrullo
de la tórtola triste, enamorada,
ó del aura que gime en la enramada,
gozo y consuelo tus cantares dan.

Bellísima azucena;
dulce, amorosa, lánguida hermosura,
quiera Dios que no sientas la amargura
que en el mundo se encuentra por do quier:
quiera tu buen destino
que al trasponer tu bella edad primera,

no encuentres la desgracia en tu carrera
sumida en desencanto y padecer.

II.

Pulsa tu armónica lira;
tus dulces ensueños canta,
ciñendo á tu frente pura
gloriosas coronas, Blanca.
Dénte su plácido arrullo
las leves, tranquilas auras;
los de la limpia corriente
rios de argentinas aguas,
al son de sus mansas ondas,
un eco den á tu arpa.
Los pájaros que inocentes
entre los ramos cantan;
las flores cuyos matices
el verde prado engalanan,
inspiren tu mente, niña,
dando expansion á tu alma.
Las tempestades bravias
que zumben en tu ventana,
y los trémulos suspiros
que el corazon despedazan,
y la cancion dolorosa
hija del luto y las lágrimas,
no den asunto á tus versos
triste dejándote el alma.
Pulsa tu armónica lira;
tus dulces ensueños canta,
y los gemidos perdona
que hoy te dedico en el arpa.

Si fijas tus lindos ojos
en esta fúnebre página,
y ves en ella una sombra
que tanta blancura mancha,
será, no lo dudes niña,
de mi dolor una lágrima!
¡Desgarradas por espinas
tengo mústias en el alma,
las bellas, endebles flores;
las flores de la esperanza!
¡Ay! triste! su tallo mecen
los vientos de la desgracia,
y el riego que darles puedo
es solamente de lágrimas!...

¡Perdona, pues, dulce niña,
estas canciones amargas!

ANTONIO DE S. MARTIN.

LO QUE ME ENAMORA.

Nada digo á tu pié, nada á tu frente,
nada del tinte de tus labios rojos,
y nada de la gasa transparente
del cielo azul de tus azules ojos.

Yo no sé si me encanta tu figura;
no es cantar tu belleza lo que anhelo;
que es muy débil mi voz, mi lira impura
para hablar de los ángeles del cielo.

Mas hay en tí una cosa que fascina
mi ideal, mi ilusion y mi sentido;
tentadora, fugaz, leve, divina,
en piélagos de amor mundo perdido.

Tu rubia cabellera es lo que adoro;
ella alimenta de mi amor la llama,
cuando en tu seno como lluvia de oro
sobre campo de nieve se derrama.

Rizados copos,
airosa gualda,
sobre tu espalda
como la nieve
blanda se mueve,
y al soplo leve
del aura leda
como la seda
se desenreda,
y en el trenzado
y el movimiento
se va enredando
mi pensamiento.
Sigue la ruta
de sus destellos,
dénle una gruta
tus rizos bellos

donde se escondan los corazones;
que están en tus cabellos
mis ilusiones.

Esto y mas, prenda mia, te digera
al girar de tus rizos seductoras;
al caer de tu rubia cabellera
cual manto que descíñen los amores.
Pero temo que llegues á enfadarte
y al fin escuche de tus labios bellos,
qué manera tan nueva de adorarte
es coger al amor por los cabellos.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

Piedra soy de tal portento
que para los hombres guardo,
secretas felicidades,
caudales ambicionados;
no me hallareis en la orilla
de mar proceloso y bravo,
buscadme en fértil pradéra
junto al arroyuelo manso.
Yo los sueños realizo
del entendimiento humano,
y convierto en pedrería
las florecillas del campo;
por mí extiende la ventura
sobre la tierra su manto,
y el crimen y la desdicha
ahuyéntanse avergonzados;
el que me busca me encuentra,
no difícil es mi hallazgo,
y doy á quien me posee
mis dones ambicionados:
amuleto de alegrías,
soy de quien me guarda amparo,
escalón de la fortuna
y cota de sus agravios;
buscadme en fértil pradera
junto al arroyuelo manso;
mi nombre debeis saberlo;
yo me apellido EL TRABAJO.

J. TOMÉO Y BENEDICTO.

TRADICIONES GRANADINAS.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA.

Muy conocido es este cuadro famoso en la historia de las artes granadinas, y uno de los que mas renombre dieron al racionero Alonso Cano, cuya gloria inmortalizó fama, y le colocó á la altura en que le vemos brillar, siempre que se habla de sus lienzos y sus pinceles, que, segun un escritor granadino,

Eran pedazos de gloria
Desprendidos de un vuelo
Del solio de Dios bendito,
Y de los cuadros del cielo.

En la época de mas apogeo y riqueza de la célebre Cartuja de Granada, se mandó hacer un cuadro á este sublime artista, encomiándole que no tuviese rival en el mundo, pues ya que tan celebrado era por el orbe este riquísimo y retirado monasterio, querían que las obras que le adornaran compitieran con la belleza de los mármoles de todos colores de sus pavimentos, con los mosaicos y ensambladuras, y con el conjunto maravilloso de su estructura elegante y singular.

Mucho se hablaba entre los monges de este lienzo, que debía ser tan grande en su tamaño como en su belleza, y todos deploraban no haberle visto ya para saber si correspondía á sus deseos.

—Yo os aseguro, decía el padre guardian de San Diego al padre Gerónimo de los Cartujos, que será cosa admirable, pues el racionero Cano es tan severo en sus obras como en su semblante, y si tanto os agrada la Magdalena de la capilla de los Apóstoles, mas debe agradaros ese sagrado grupo que, segun me decís, ha de representar el divino misterio de la Trinidad Santísima.

Ya me parece ver la blanca paloma, rodeada de nubes azules y rosadas, tomando en su vuelo tornasoles de un sol puro y hermoso, y descendiendo á anunciar á los hombres la felicidad y el bien de esta Trinidad sagrada y celestial.

Ya veo destacarse la hermosa figura del Padre con su radiante mirada, y la eternidad de su idea y su ser, y al Hijo benditísimo destronado y herido por un pueblo deicida, entrar triunfante en el cielo y arrojar en los brazos del Eterno pidiendo por los hombres sus enemigos.

¡Qué bellísima debe ser la faz de Jesus y la del Supremo Creador, retratadas por Alonso Cano!

Dicen que ha invertido mucho tiempo en hacer este cuadro, y que al concluirle llamó á sus discípulos Cieza, Mesa y Gomez, y lloraron todos de emoción al verle.

—Poco á poco en vuestro entusiasmo, padre guardian, dijo el padre Gerónimo con indiferencia.

Si se cunde que Alonso Cano ha pintado una maravilla, querrá por él tantos pesos que nuestro tesoro no podrá pagarle.

A los artistas orgullosos como el racionero Cano, es menester rebajarles sus obras, pues si no las elevarán hasta las nubes, y no habrá quien se atreva á encargárselas por temor á lo que pidan por ellas.

—Nunca es mucho el dinero que se da á un buen artista que sabe estampar creaciones inspiradas por Dios, y retener para los siglos venideros lo que volaría de la memoria si los hombres no le retuviesen con ese soplo de grandeza que reciben del Supremo, dijo el de San Diego con marcada intención.

—Sin embargo, replicó el padre Gerónimo sentándose y tomando un polvo con calma, lástima da, por cierto, el dinero que se entrega á esos que llamais artistas de Dios, porque no se sabe en qué le emplean, y andan siempre perdidos y desarrapados.

—Si decís eso, replicó el padre guardian de San Diego, por los hábitos raídos que lleva casi siempre Alonso Cano, y su aire de poca fortuna, os diré, para retener vuestro juicio, que Cano reparte entre los pobres su paga de racionero, y hace grandes obras de caridad con el producto de sus pinturas; porque los artistas, hermano, son nobles y generosos, y no pueden ver la miseria sin partir su pan con el pobre.

Pocos artistas vereis que participen de ese egoísmo con que vos mirais las cosas, ni que se sienten con el aplomo que vos lo haceis ahora mismo, á aspirar las delicias del polvo, ó á soñar con las especialidades del chocolate y las tortas.

El padre Gerónimo miró al padre guardian de San Diego, y ámbos echaron una carcajada, diciendo el segundo con ironía:

—Hermano, morir tenemos!

En aquel instante un ruido de pasos ligeros y cercano interrumpió el diálogo de los dos monges, y Alonso Cano se presentó á las puertas de la celda con su aire meditabundo y sombrío, y su mirada franca y orgullosa.

—Guárdeos Dios! dijo secamente, descubriendo su cabeza con una elegancia admirable.

Los dos monges se levantaron, y ofrecieron su mano al racionero, que la estrechó ligeramente.

Alonso Cano vestía su trage talar de sacerdote, que, como habia dicho el padre Gerónimo, no tenia nada que indicase fortuna.

Pero él no se cuidaba del brillo de su vestido, y hasta habia cierta dejadez é indiferencia en su persona que denotaba que todo vivía en la inteligencia superior, pero que el mundo le inspiraba poquísimo cuidado; por lo demás habia tanta nobleza, aristocracia y finura en sus ademanes y en su modo de andar acompasado y altivo, que al verle no se dudaba era un genio superior que cruzaba por la tierra sin apercibirse de ello.

—Y vuestra obra, ¿está concluida? preguntó el padre Gerónimo con ansiedad.

—Acuestas la trae ese pobre muchacho que he dejado en la ante-celda, descansando de la fatiga del camino.

Vuestra Cartuja está tan lejos, que al llegar es preciso pedir á san Bruno aliento para saludar á los hermanos, dijo el artista, siempre con seriedad y despejo, y enjugando el sudor que corría por su frente.

—¡Que pase, que pase ese mancebo, que no faltará algo en el refectorio con que reanimar sus fuerzas!

—Mi aprendiz viene repleto de estómago si no de bolsillo, y este se llenará en breve con ducados que yo le dé por su viaje.

—Vamos, muchacho, desdobra ese lienzo pronto, que el padre Gerónimo está impaciente, y el padre guardian desea con avidez ver las alas del Espíritu Santo.

El lienzo se desdobló, y los dos monges se aproximaron con presteza, quedándose fijos ante obra tan maravillosa y sublime.

Entre tanto Alonso Cano se puso á pasear siempre meditabundo y sombrío.

El padre Gerónimo estiró las cejas extraordinariamente, sacó de un bolsillo de su hábito un gran anteojito, dió algunos pasos hácia atrás, buscó bien las luces, y se quedó estático ante aquellas figuras de Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, que parecían salirse del lienzo, y volar en un espacio de rubíes, estrellas de oro y de plata, y círculos de diamantes, formando coronas y tronos.

Aquel cuadro era una copia de la gloria de Dios, de su Solio Santísimo, y de la Unidad incomprensible de Tres Seres, siendo Uno solo en la esencia.

No cabia mas en una pintura, porque cada una de aquellas personas sagradas hablaba, vivía, miraba, y expresaba lo mas portentoso de nuestra divina fe.

El padre guardian de San Diego se quedó como arrobado, y dos lágrimas de entusiasmo rodaron por sus mejillas.

El padre Gerónimo las sorprendió, y le dijo:

—Vuestro rostro parece ahora mismo el de un pobre lego que no trae aprendida la lección de latin.

—No os burleis, padre Gerónimo, de mi sagrado entusiasmo; ese cuadro no tiene rival en la tierra, y hará llorar de entusiasmo todas las almas sensibles que levanten su vista hácia él.

—Si, si! Es una obrita muy regular, replicó el padre Gerónimo, bajando la cogulla de su hábito, porque le daban calor los elogios imprudentes del monge.

—Vamos! vamos, señor Alonso! dijo volviéndose al artista, ¿cuánto vale vuestra obra, que no es maleja en verdad, y tiene cierto lejo que sorprende á primera vista?

El racionero Cano echó una mirada furiosa á aquel hombre sin corazón, que acallaba la admiración que le habia inspirado el lienzo, por rebajar indignamente el ajuste de él.

—Mi cuadro vale diez mil pesos, y si hablais una palabra mas para desvirtuar su belleza, vale cuarenta mil, señor guardian de los cartujos.

El padre Gerónimo, asombrado, hizo la señal de la cruz.

—¿Os parece crecida la suma? pues aun hay mas todavía, porque teneis que dar á mi aprendiz diez ducados por haber conducido ese rollo. Esto es, si él se aviene á tomar tan poco, porque mis discípulos, no solo aprenden á pintar en mi pobre taller, sino á tener dignidad y honradez, que es la primera base de un buen artista.

El padre Gerónimo se quedó estupefacto y sus moleduras mejillas se coloraron de rojo. Bajó la vista como avergonzado de la lección; pero alzándola despues con bastante descaro, dijo que en su concepto aquella pintura no valia la cuarta parte de lo que por ella se dejaba pedir.

—¡Enrolla ese lienzo, muchacho! dijo Cano con ira,

echando una mirada de indignación al monge.

—No os lo lleveis por Dios! dijo casi llorando el padre guardian de San Diego. La cartuja hace con él una adquisición famosa.

—Si, si! pero sin él pasará, si el señor Alonso no se pone en razon y hace rebaja, dijo el padre Gerónimo sonando sus narices á la vez con gran estruendo, y manifestando poco interés en el trato.

—Tanta rebaja voy á hacerle, dijo Alonso Cano levantando su frente con noble orgullo, que lo regalo á vuestro amigo para su convento, interesándole tan solo, un plato de chanfaina, que irá á comer con él al medio día.

El guardian de San Diego palideció de emoción y tuvo que apoyarse en un banco para no caer al suelo, á la noticia de aquel regalo portentoso con que le brindaba el pintor.

—Oh, no! de ningun modo aceptaré tan generosa oferta, dijo estrechando las manos del artista.

Este le miró con fijeza y dijo:

—Bajo vuestra austeridad y vuestros hábitos de monge, existe un gran corazón que ha comprendido el mio.

Vuestro convento de San Diego ostentará desde mañana ese cuadro, que me ha costado muchas gotas de sudor, y desde hoy tendreis en Alonso un hermano, que yo tengo en mas estima conocer el alma de un hombre de bien, que todos los pesos que un egoísta pudiera darme.

Y haciendo al aprendiz que cargase otra vez con el lienzo, dijo al padre Gerónimo al despedirse:

—Si quereis adornar vuestras capillas con obras de Alonso Cano, pedidle á Dios que nazca otro de este nombre, porque este pobre racionero, os jura no pasar si quiera por el carril donde está vuestro monasterio.

Con efecto, despues de esta rara escena, se ofrecieron sumas cuantiosas á Alonso para que llevase su cuadro á la Cartuja; pero él siempre respondia: *Que lo habia vendido por un plato de chanfaina y estaba orgulloso de ello.*

Desde entonces muchas veces encontraban al pintor en San Diego, arrodillado delante del altar mayor, donde con mucha pompa colocaron los monges su bellísima obra, y mirándola enagenado decia:

—Esta pintura ha hecho dos cosas prodigiosas en verdad. Dar remordimientos grandes á un egoísta y proporcionarme un amigo que vale mucho.

El cuadro estuvo en el convento de San Diego siendo la admiración de cuantos le contemplaban, hasta que el soplo destructor de las mas grandes intituiciones vino á derribar los muros de aquel templo en época no muy lejana en verdad.

Entonces se pensó en organizar y enriquecer un Museo, y una de las maravillas que pusieron en él, fué el Cuadro de la chanfaina, arrancado del altar mayor para la demolición de aquella iglesia.

Mucho brilló en el nuevo lugar que le dieron, pero despertó las ambiciones de algun mal patricio, que impiamente lo robó en una noche de máscaras, sin que se sepa á quién pudo venderlo ni dónde fué.

Con esta pintura, robaron un tesoro á las artes granadinas. ¡Eterno baldon para aquellas manos profanas que tal hicieron!

Pero si bien es verdad que el cuadro ha desaparecido, su nombre y su belleza han quedado escritas en las páginas de gloria de Granada y en la historia del célebre artista que lo pintó.

ROGELIA LEON.

MAITAGARRI.

CONTINUACION.

EL DUELO.

Por la falda de poniente de los montes que de Leiza siguen formando cordillera hasta la orilla del Océano, dirigíase un caballero armado de todas armas, y montado en poderoso troton.

Por el abollamiento de su casco de batalla, por lo sucio de su armadura, como por los girones que colgaban de su sobrevesta bordada, y la ausencia completa de las plumas de su cimera, conocíase que el buen caballero volvía de algun torneo ó de algun fiero combate.

Marchaba solo, sin page ni escudero, parándose á veces como para reconocer el país, requiriendo la ancha espada á cada rumor que llegaba á sus oídos, ó desenganchando el hacha de armas que colgaba del arzon de la silla, á cada pastor ó transeunte que cruzaba por el camino.

Dejó á su izquierda la villa de Goizueta; siguió el curso del Urumea hasta la inmediación de la casa fuerte de Aldunciñ, y de allí tomó á la derecha por un sendero que conduce al sitio llamado Articuza, ferrería notable en aquel país junto á la cual se ve un edificio suntuoso que causa agradable sorpresa á cuantos transitan por aquellas breñas.

En aquel tiempo no existia nada de esto; y el estrechísimo valle en donde están construidos palacio y ferrería, era lo mas salvaje y escabroso de aquella comarca.

Cuando el caballero llegó á la cima de una de las montañas que forman el valle, el sol se ocultaba en el mar, que desde allí se divisaba en lontananza, formando una línea de oro en todo el horizonte.

El caballero se detuvo un momento contemplando aquel espectáculo, y prosiguió su camino descendiendo al valle sombrío.

Al llegar cerca de unos peñascos que obstruyen el paso del arroyo que corre en lo profundo del valle, detú-

vose; bajó de su troton, se tendió en la yerba dejando al caballo pacer tranquilamente algunas hojas de arbutos y se dispuso á gozar de un momento de reposo.

De repente, y cuando el caballero se disponia á seguir la marcha, su corcel lanzó un sonoro relincho el cual fué contestado por otro igual.

El caballero montó á caballo y se dispuso á la defensa, temiendo el ser sorprendido; escuchó por algun tiempo, y no tardó en llegar á sus oidos el ruido que producian los pasos del caballo y el rumor de las armas del que llegaba.

Las sombras de la noche no permitian distinguir los objetos á cierta distancia, y así es que hasta que se encontraron muy cerca ámbos caballeros, no pudieron verse.

—Quién va allá? preguntó el que primero habia llegado.

—Y quién sois vos para demandármelo? repuso el que acababa de llegar.

—Soy un caballero, contestó el primero.

—Guipuzcoano ó navarro?

—Guipuzcoano.

—En buen hora. En ese caso somos amigos.

Esto diciendo, se acercó mas al recién llegado y preguntó:

—Hacia dónde camináis?

—Hacia Oyarzun.

—Sois de allí?

—De muy cerca.

—Vuestro apellido debe ser conocido en ese caso; ¿cómo os llamáis?

—Juan de Arpide.

—Y yo, Gil de Iturrioz, contestó el segundo.

Siguióse un momento de silencio á esta declaracion.

Hallábanse frente á frente los primogénitos de dos familias cuyo odio databa de algunos años.

—Al fin nos encontramos en un terreno neutral, dijo Gil á su antagonista. Aquí no nos atan las manos ni el respeto á las leyes del país, ni el tener que olvidar nuestras querellas particulares para combatir unidos al enemigo comun.

—Decís bien, contestó el de Arpide con tristeza; pero yo no veo una razon por la cual hayamos de repartirnos tajos y mandobles, cuando entre vos y yo no existen motivos de rencor.

—Cómo no? replicó Gil. ¿Acaso Juan de Arpide olvida que su padre ultrajó al mio, ó cree que la injuria hecha al jefe de una familia no obligue á vengarla á sus descendientes? Donosa creencia sería por cierto!...

—Escuchadme, Gil, repuso el de Arpide. No niego que han existido querellas en nuestras familias, desde el dia en que mi padre negó al vuestro la mano de su hermana, despues de habérsela prometido; pero antes que esta desgracia sucediese, tengo entendido que ámbas á dos estaban muy unidas. Ahora bien; ¿el recuerdo de aquella buena armonía ha de borrarse por el recuerdo de una injuria debida quizá al carácter en demasía violento de nuestros padres? Seamos justos, Gil; la paz que nuestros mayores turbaron, hagámosla volver á nuestro hogar: acábense los odios, Gil; seamos hermanos: sobrados son los enemigos que nos combaten por defuera sin que nos debilitemos por luchas intestinas.

—A fe mia que debiérais soltar la armadura y sustituirla con un sayal: dijo Gil con burlona sonrisa. Os aseguro que me pareceis mas bien predicador de jubileo que caballero que calza espuelas.

—Gil! yo no merezco esa provocacion de vuestra parte. Bien sabéis que no es el temor el que me hace hablar así, sino el deseo de que reine la buena armonía entre nosotros.

—Por mi parte no la apetezco ni la echo de menos. Cuando nací existian estos mismos odios en las familias de Arpide é Iturrioz, con ellos me he criado y conservándolos he de morir.

—Oh! Qué mal haceis! exclamó Juan con abatimiento.

—Esa no es cuenta vuestra, replicó Gil con altanería: en todo caso, ni á vos os compete aconsejarme, ni yo me humillo á pedir consejos.

—Tampoco he pretendido erigirme en vuestro consejero. Conservad vuestros odios todo el tiempo que queráis, y Dios quiera que sea corto; pero separémonos al menos sin cruzar las armas.

—Sois muy prudente, el de Arpide: dijo riéndose Gil. Sois quizá mas que prudente: sois cobarde.

—No hace ocho días que vos mismo habeis visto todo lo contrario; respondió el de Arpide haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener su ira.

—Así es; pero creo que no es lo mismo combatir contra peones y caballeros franceses, que contra un hijo de Pedro Iturrioz.

—No es esa la causa de mi repugnancia á combatir con vos: ya sabéis que no os temo.

—Pues cuál puede ser el motivo?

—El temor que tengo á las consecuencias de este duelo. Dios os guarde Gil: os declaro que no quiero combatir con vos: y picó espuelas al caballo al concluir estas palabras.

—Oh! no quereis? exclamó Iturrioz colérico: pues yo os obligaré á ello.

Y con su guantelete de acero hirió brutalmente en el rostro á Juan de Arpide.

Este se paró; miró á Gil, bajóse del caballo y desvainó la espada.

Gil de Iturrioz hizo lo mismo, y ámbos combatientes se prepararon á la pelea.

El terreno en que iba á verificarse era el menos apropiado para pelear: la superficie de la Peña apenas tendria doce varas de extension; por tres partes la cercaban

jaros espesos; y por la otra acabada bruscamente en un precipicio.

La noche era oscura y algunas gotas de agua se desprendian de las nubes.

El primero en acometer fué Gil de Iturrioz, cuya espada cayó pesadamente sobre el casco de Juan de Arpide: el combate se empezó.

Las rocas y barrancos repetian en el silencio de la noche el extruendo de las armas: chispas luminosas salian de vez en cuando de la cumbre del peñasco, iluminando fugazmente la armadura de los combatientes; á favor de tan incierta luz hubiera podido observarse que Gil tenia encendidos de cólera los ojos, y que acometia con furia, mientras el semblante de Juan revelaba profundo disgusto, manteniéndose á la defensiva.

El combate proseguia sin que se oyese en la soledad mas ruido que el de las armas: ninguna voz, ninguna palabra pronunciaban los combatientes.

Cualquiera que en aquel momento hubiera pasado por aquellas inmediaciones, creeria asistir á alguna lucha gigantesca trabada entre los espíritus de las tinieblas.

De repente se oyó un ruido sordo y una voz que decia: —Levantaos, Gil; y que se acabe la batalla.

—No, vive Dios; he dado un resbalon que ha sido la causa de mi caída.

—Luego no estais herido?

—No á fe mia, aunque bien pudiérais haberme muerto mientras estaba caido en tierra.

—Sin embargo no lo he hecho. Quede esto, pues, concluido, y prosigamos la marcha cada cual por su camino.

Por toda respuesta oyóse de nuevo el ruido de las armas, lo que indicaba la prosecucion del combate.

Esta vez no duró tanto tiempo.

Sintióse un golpe seco, un alarido de dolor, y despues todo quedó sepultado en el mas profundo silencio.

Por entre la sombra de los jarales, se vió deslizarse un bulto informe, y en el pedregoso sendero se oyeron las pisadas de un caballo que marchaba al galope.

MAITAGARRI.

Al anochechar del dia siguiente hallábase Juan de Arpide sentado en lo mas escondido del valle de Articuza, y al pié de una Peña cortada á pico: cerca de él pacia su caballo de batalla: un entumecimiento general en los miembros, le impedia moverse; empezó á querer recordar lo que le habia sucedido la vispera: vinoose á la memoria el encuentro con Gil, su conversacion con él, su duelo, y por último su caída: dirigió la vista al peñasco á cuyo pié estaba sentado, y conoció que en su cima era donde habia combatido.

Entonces comprendió la causa de su entumecimiento, y las profundas abolladuras de su armadura le indicaron lo demás.

Hallábase, pues, solo, magullado, con una ligera herida en el cuello, casi exánime de inaccion, pues hacia mas de treinta horas que no tomaba alimento alguno.

Todo socorro humano parecia imposible en aquel parage solitario.

Un dosel de verdura cubre durante el verano este sitio salvaje.

Los árboles adquieren dimensiones tales, que sus ramas entrelazadas no dejan paso á los rayos del sol.

El arroyuelo de agua cristalina que corre por el fondo del estrecho valle, lame los troncos de los árboles y mantiene una frescura agradable.

La vegetacion es poderosa, magnífica; y nada mas poético que un paseo nocturno en aquella tranquila soledad.

El arroyo forma algunos remansos; pequeñas lagunas, cercadas de espadañas y zarzas, de azucenas y rosas silvestres.

Cualquiera al observar las aguas tranquilas de estos lagos en miniatura, creeria hallarse mirando un grande espejo cercado de un marco de flores.

Algun martin pescador de color verde subido, hace oír su chirrido desagradable al rozar con las alas la superficie del lago; algun cervatillo apaga su sed en la corriente que alimenta la laguna, y tal cual ruiseñor posado en la enramada, ó alguna tórtola, cuyo triste arrullo invita á la meditacion, son los únicos seres que animan tan romántico paisaje.

Juan de Arpide, viendo que la noche cerraba del todo, y calculando que le sería imposible soportar hasta la mañana siguiente el hambre que sentia, llamó á su caballo, quien acudió alegre por demás á la voz de su señor.

Despues de mil esfuerzos inútiles, logró al fin montar en él, y se disponia á emprender la marcha.

Encontrábase á la orilla de uno de los pequeños lagos ya descritos, que se habia formado al pié de la Peña de cuya cima cayera la vispera.

Del centro de las aguas elevábase un vapor diáfano; largas raices de enredaderas colgaban de la Peña hasta hundir sus extremos en el lago, y aquellas raices se veian cubiertas de hojas, semeándose á esas cortinas ó persianas de junco verde que sombrean los balcones chinos.

Largas y puntiagudas espadañas crecian en la orilla, y las ramas de un sauce lloron se balanceaban al impulso de una leve brisa, como las plumas de la cimera de un casco de guerra.

El caballero creyó observar, en medio de la oscuridad, una repentina ondulacion en las aguas: creyó asimismo que las raices de enredadera se separaban: vió despues que las ramas del sauce se movian de una manera mas marcada, y al fin llegó á sus oidos una melodía lejana cuyos sonidos misteriosos dejaron suspenso su ánimo.

Rasgóse la cristalina superficie, y envueltas en la neblina producida por los vapores que salian del agua, vió aparecer hasta una docena de doncellas de sin par

hermosura, coronadas las frentes de rosas azules, cubiertos sus aéreos cuerpos con vestimentas talares de gasas blancas como la nieve: estrellas de pálido brillo adornaban el centro de sus coronas de flores.

Eleváronse pausadamente sobre la superficie del agua; y asiéndose las manos, prosiguieron cantando la música extraña que tanto habia llamado la atencion del caballero.

Todos aquellos rostros estaban pálidos, los ojos medio cerrados y velados por luengas pestañas, y los cabellos abundantes, sueltos sobre sus espaldas alabastrinas.

Al poco tiempo de esta singular aparicion, dirigieronse las doncellas al sitio en que las contemplaba absorto el caballero; y rodeándolo por todas partes, la una cogió las riendas del caballo que parecia encantado, segun estaba de inmóvil; la otra tuvo el estribo para que desmontara el ginete; cual quitóle el arnés, cual el escudo y la poderosa lanza; y así desarmado y confuso de verse tan bien servido por aquellas jóvenes hermosas, dejóse conducir bajo el sauce.

Cubria este árbol con sus pendientes ramas la boca de una cueva, cuyo suelo, tapizado de menuda y amarillenta arena, daba entrada á la mágica mansion de la Maitagarri del Pirineo.

José M. DE GOIZUETA.

(Se continuará).

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

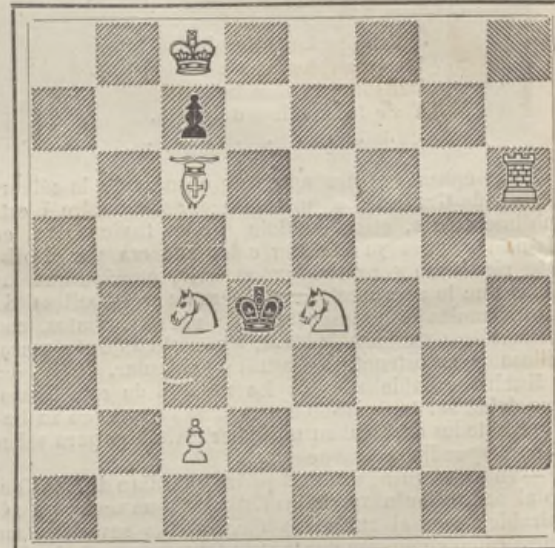
SOLUCION AL PROBLEMA N.º 76.

- | | |
|----------------------|-----------------|
| <i>Blancas.</i> | <i>Negras.</i> |
| 1.ª R.ª á 2.ª de R.ª | P. toma R.ª |
| 2.ª P. jaque. | A. ó P. toma P. |
| 3.ª C. á casilla R.ª | Cualquiera. |
| 4.ª C. Mate. | |
-
- | | |
|-------------------|---------------------|
| <i>Variantes.</i> | |
| 1.ª | P. toma C. 4.ª T.R. |
| 2.ª R.ª 3.ª A.R.ª | A. 5.ª A.R.ª |
| 3.ª R.ª toma C. | Cualquiera. |
| 4.ª Mate. | |

Las hay mas fáciles.

PROBLEMA N.º 77, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

NIÑO DE 6 AÑOS.—Calzon ancho, de cachemira granate, con botas de caña alta; saco sin mangas, de terciopelo inglés negro orlado de astracan; mangas de cachemira granate; gorra redonda de terciopelo negro guarnecida de astracan.

NIÑA DE 8 AÑOS.—Trage de popelina á cuadros azules y blancos; botas de piel azul; pardesús de terciopelo azul, guarnecido de cisne; sombrero marino de fieltro blanco con cintas azules.

NIÑA DE 13 AÑOS.—Trage de debajo de tela de lana violeta con mangas largas; trage de encima con bordes dentados de terciopelo negro; paletot igual, con mangas de la edad media; gorra de terciopelo negro, y plumas de pávo real al rededor.

NIÑA DE 3 AÑOS.—Enagua plegada de cachemira color de naranja; trage corto de cachemira gris, con dientes cuadrados orlados de terciopelo negro, y en este botones blancos.

NIÑA DE 6 AÑOS.—Enagua de terciopelo inglés azul vivo, con adorno de terciopelo negro en tiras y trencilla negra, trage de encima de paño de Paris á cuadros escoceses, recogido por presillas de terciopelo negro; sombrero de terciopelo gris con pluma encarnada de gallo.

NIÑO DE 8 AÑOS.—Pantalon y chaqueta de terciopelo negro; medias encarnadas; botas negras.

NIÑA DE 10 AÑOS.—Trage de debajo montante, con mangas largas, de popelina gris; polonesa de terciopelo verde guarnecida de pieles color castaño; gorra de terciopelo verde con pluma blanca.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.